

Capítulo 456: Nueva presa

Virgilio permaneció en silencio ante el coloso dormido.

La cabeza de la criatura —si se la puede llamar cabeza— emergió parcialmente del mar de huevos, sus ojos se cerraron en múltiples capas, formando arcos superpuestos de quitina translúcida. Los hilos de seda pulsaban desde la base del cráneo hasta el techo viviente de la cámara, como cordones umbilicales conectados a una placenta divina y monstruosa. La piel de la Reina era del color de la noche bajo un eclipse—negra, brillante, con tonos metálicos que brillaban a la luz de la lanza de fuego.

Virgilio se arrodilló con una rodilla sobre el puente orgánico, inclinándose como si observara una antigua escultura olvidada por dioses y hombres. Sus pupilas estaban dilatadas. La energía que emanaba del gigantesco cuerpo era densa como el humo, llena de memoria y dolor.

"Ella es hermosa..." murmuró, casi como un lamento. "Tan... monumental."

Zuri tembló. "Vergil, esta cosa no es un ser. Es un vestigio. Un error de creación."

No respondió de inmediato. Extendió una mano, casi tocando un filamento de seda que goteaba del centro del cráneo de la criatura, como una lágrima sólida. Cuando sus dedos se acercaron, el aura de la araña respondió —no con hostilidad, sino con algo más primitivo. Un susurro psíquico, un eco que atravesó las capas del mundo.

La cabeza no se movió.

Todo el cuerpo durmió.



Pero aún así, Vergil sintió su peso en su mente. Una presencia abrumadora. Una conciencia que no pensaba en palabras, sino en ciclos. En crías. En extinción.

Retiró la mano.

"Ella no está muerta", dijo en voz baja. "Ella está... en suspensión. Como si su propio cuerpo se hubiera visto obligado a dejar de respirar."

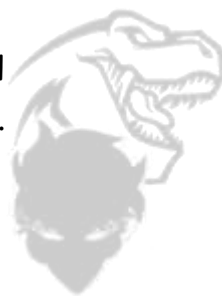
Zuri se desenroscó ligeramente y sus ojos se fijaron en las membranas que rodeaban el pecho de la Reina.

"Esta no es una hibernación ordinaria. No tiene sentido. Este es el inframundo. No hace frío, no hay estaciones. Todo se pudre o se consume. Cualquier cosa que obligue a esta cosa a dormir no es natural."

Vergil asintió.

"Sunt de acord. Esta energía que la rodea... está contenida. Sellado por dentro. Como si hubiera una prisión incrustada en su propio cuerpo. Un sello orgánico."

Caminó alrededor de la masa negra que era el abdomen de la criatura. Su tamaño era monstruoso. Parte de su cuerpo se fusionó con el suelo, como raíces deformadas que se habían extendido a lo largo de eones. Sus largas patas —gruesas como columnas— estaban dobladas debajo de él, enredadas en hilos mágicos que brillaban débilmente. Había marcas en los puntos de articulación, como inscripciones quemadas en la carne.





"Alguien hizo esto," dijo, ahora frunciendo el ceño. "Esta es la obra del encantamiento. No es una prisión arcana. Es algo más... visceral. Ritualista. Alguien o algo encarceló a la Madre aquí. Y la usó como fuente."

Zuri miró fijamente el techo, donde pequeños filamentos se elevaban hacia las glándulas, alimentando la cúpula con energía constante.

"Toda esta cueva... se alimenta de ella. Esta es una simbiosis forzada. Esta colmena no es suya. Es un parásito. Ella ha sido tomada por su propia creación."

Virgilio cruzó los brazos, con los ojos todavía fijos en el rostro de la criatura.

"La Madre Araña... ha sido domesticada."

Él no sonrió. No había humor en ello. Sólo comprensión.

"Pero todo tiene un final. Incluso el sueño forzado de un monstruo."

Zuri frunció el ceño.

"¿Estás pensando en despertar esa cosa? ¿Estás loco? Pensé que veníamos aquí para destruir, no para jugar a ser nigromantes con arácnidos gigantes."

Virgilio se volvió lentamente hacia ella, con la mirada fija.

"Lo destruiré."

Zuri parpadeó, sorprendido.





"Entonces... ¿por qué la mirada contemplativa?!"

"Porque lo que veo aquí es una amenaza real. Potencial. Un riesgo para el futuro de mi territorio. Todo esto..." — se giró ligeramente, señalando los huevos, los pasillos de carne, las paredes pulsantes — "...esto no es sólo un nido. Es una máquina de guerra inactiva. Si esta criatura se despierta sin control, todo el Inframundo podría colapsar en un mar de crías hambrientas."

"Entonces ¿por qué no lo quemamos todo ahora?"

Vergil respiró profundamente.

"Porque si me pierdo el ataque, se despierta. Y entonces no habrá suficiente fuego."



Vergil respiró profundamente.

Por un momento, el silencio en la cámara se volvió absoluto. Ni siquiera el sonido del fuego crepitando en la punta de su lanza, ni el crujido de los huevos moviéndose ligeramente bajo alguna corriente imperceptible. Nada. Un vacío. Como si incluso el propio Inframundo estuviera conteniendo la respiración por lo que estaba a punto de suceder.

Virgilio cerró los ojos.

La energía que lo rodeaba comenzó a cambiar.

La llama de la lanza parpadeó —no como si estuviera a punto de apagarse, sino como si hubiera sido tragada dentro de él, arrastrada por algo más denso,



más primordial. El calor no disminuyó. Al contrario. La temperatura subió. Lentamente. Implacablemente. El polvo que colgaba en el aire empezó a brillar como chispas.

Zuri instintivamente retrocedió, con los ojos muy abiertos.

"Lo estás... haciendo."

Vergil no respondió. Sus manos ahora estaban envueltas en una llama diferente — no sólo fuego, sino un resplandor demoníaco, teñido de azul oscuro en los bordes, como si estuviera atenuado por el dolor y la furia. Las marcas en su brazo se iluminaron, líneas rojas brillando debajo de su piel como lava en las venas.

El suelo a su alrededor empezó a carbonizarse.

Poco a poco se abrieron grietas bajo sus pies, expulsando vapor y brasas.

Un dominio.

Vergil estaba dando forma al espacio con su propia voluntad.

Un dominio de fuego.

El techo de la cámara tembló. Los filamentos que conectaban a la Reina con su entorno temblaban como cuerdas tensas, tratando de resistir el calor abrasador. El olor a carne quemada y resina mágica se mezcló en el aire pesado, creando una nube asfixiante de descomposición y purificación.





Zuri se encogió, impresionó —no por miedo, sino por algo cercano al asombro.
"Ten cuidado..."

Virgilio abrió los ojos.

Ardían como dos soles en miniatura, consumiendo cualquier duda o vacilación.

"Ella está durmiendo, pero su creación despertó antes que ella. Esto es imperdonable."

Levantó la lanza por encima de su cabeza.

El fuego se concentró en la espada como una estrella en miniatura, girando a gran velocidad, envuelta en runas demoníacas que vibraban con la fuerza de una antigua maldición.



El aura de la Reina finalmente reaccionó. Una oscilación repentina, como la grieta de un pulmón que ya no quería permanecer en reposo. Sus extremidades se movían, sólo milímetros, pero lo suficiente como para levantar polvo y fragmentos de membrana del suelo. Los huevos comenzaron a brillar débilmente. Ecos de un llamado silencioso cruzaron la colmena.

Zuri gritó: "¡Ahora, Virgilio! ¡Antes de que realmente despierte!"

Y él obedeció.

Con un rugido ancestral, mezclado con lenguaje demoníaco, Virgilio derribó su lanza con un golpe devastador, directo a la cabeza de la criatura. El impacto no fue sólo físico. Fue espiritual. Mágico. Cósmico. Un grito silencioso se



extendió por el aire, rompiendo las estructuras orgánicas de la cámara, agrietando las paredes vivas como vidrio ante un trueno.

La energía del Dominio colapsó en el punto de impacto. Olas de llamas se propagan como un virus a través del cuerpo de la Madre Araña, siguiendo las venas de las inscripciones rituales como rastros de pólvora. Las antiguas runas, todavía activas, reaccionaron violentamente al ataque —se quemaron, temblaron, implosionaron.

Todo el cuerpo de la criatura jadeó.

Ella no gritó.

Ella no pudo.

Pero todos los huesos y tendones de la colmena gritaban por ella. Cada capullo estalla en llamas y cada filamento crepita con fuego vivo. El aire se calentó tanto que el suelo empezó a derretirse. Los huevos explotaron como burbujas hirviendo, liberando vapor tóxico y larvas moribundas.



Zuri se cubrió los ojos con las alas, tratando de protegerse del calor.

"Tú... estás rompiendo todo a la vez."

"Exactamente", dijo Virgilio con firmeza, observando cómo la cabeza de la criatura se agrietaba bajo su lanza. "Si se despierta, que se despierte ardiendo."



Las grietas se extendieron por el cráneo de la Reina, revelando una luz púrpura incandescente que pulsaba debajo del caparazón. No era sólo carne. Fue magia cruda. Una fuente. Un núcleo.

La lanza penetró más profundamente, hasta llegar al centro de esa luz.

Y luego — una ola.

Una ola de energía infernal se expandió desde la criatura como una bomba silenciosa, empujando a Vergil unos pasos hacia atrás. La luz se apagó inmediatamente. El núcleo colapsó sobre sí mismo. La energía que una vez había alimentado la colmena fue absorbida como un vórtice, deshaciendo los pasillos vivientes, las estructuras místicas y los canales de filamentos.

Todo empezó a desmoronarse.

El techo tembló y las columnas vivientes se desmoronaron en polvo y cenizas. El cadáver de la Reina finalmente estaba... muerto.



Zuri dejó escapar un suspiro de puro alivio.

"Lo lograste. La destruiste. Completamente."

Vergil todavía miraba fijamente el cuerpo humeante. Por un momento, simplemente observó su propio reflejo en las llamas circundantes.

Y con un gesto todo se oscureció. Sólo quedó el olor a quemado.



El silencio que siguió al colapso de la Reina Araña fue del tipo que sólo existe después de un apocalipsis. Un silencio pesado y sepulcral, donde incluso el polvo parecía dudar antes de caer.

Virgilio respiró lentamente, sintiendo el aire caliente en sus pulmones, el humo de la destrucción bailando a su alrededor como velos rituales. Bajó su lanza, el fuego ya extinguido, y miró fijamente los restos del gigantesco cadáver que tenía delante —carne negra retorcida, todavía crepitante en algunos lugares. Un cráter donde una vez hubo un corazón.

Pero entonces...

Un sonido.

Bajo.

Tumba.

Húmedo.

Un gemido.

Zuri levantó la cabeza como un rayo, con los ojos muy abiertos. "Vergil... ¿escuchaste eso?"

Asintió lentamente, con los músculos ya tensos, como un animal que percibe a un depredador.

El gemido llegó de nuevo. Más alto. Un sonido gutural y sin forma. No fue un lamento. Fue un nacimiento.





Entonces una de las paredes —hasta entonces fusionada en carne cruda y red endurecida— se sacudió.

Una grieta apareció justo en el centro, extendiéndose en líneas irregulares como venas a punto de estallar. De la grieta surgió un aura. Un vapor oscuro y pesado, denso como el tono, puro poder demoníaco condensado.

Zuri se tambaleó hacia atrás y sus ojos se abrieron de pánico.

Ella jadeó. Literalmente asfixiado por el poder que emana de allí.

"No... no puede ser. Esto... esto es..." Ella tosió, casi cayéndose.

Virgilio giró, ya levantando de nuevo la lanza, con los ojos entrecerrados. La luz de la habitación parpadeaba, como si la propia cueva rechazara la existencia de lo que estaba por venir.



La grieta explotó hacia afuera—carne, piedra y seda volaron en todas direcciones, abriendo un agujero del que algo comenzó a emerger.

Primero, una pata. Larga, afilada, delgada como una hoja curva hecha de hueso pulido. Luego otro. Y luego, emergiendo de las sombras...

Ella.

La figura que emergió de la pared era una fusión imposible de belleza infernal y pesadilla arácnida. De cintura para arriba, tenía la apariencia de una mujer —o al menos, algo que alguna vez había intentado ser una. Su largo cabello se movía como hilos de seda vivos, su piel pálida y brillante con tonos de ébano



envenenado. Sus ojos —ocho de ellos— estaban dispuestos asimétricamente sobre su rostro, todos iluminados por el odio, el dolor y el hambre, pero bueno... la parte superior de su cuerpo era incluso sexy, con dos grandes pechos que llamaban mucho la atención... pero...

De cintura para abajo, era pura monstruosidad: un abdomen de araña que goteaba veneno negro; cuatro pares de patas arqueadas, con articulaciones invertidas, excavadas en el suelo con grietas secas. La estructura era más compacta que la de la Reina Araña, pero mucho más letal. Rápido. Letal. Inteligente.

Virgilio no dijo nada.

Él simplemente miró.

La criatura inclinó la cabeza. Su voz salió baja, prolongada, como si sus palabras estuvieran siendo expulsadas por milenios de sueño y rabia.



"Tú... mataste a mi madre."

Virgilio levantó la vista y suspiró, "Encontré lo que quería. Me alegro de no haber atacado el abdomen de la reina. Al final hubo un gran premio dentro." Virgilio sonrió como un demonio.